

PATRIAS NO, GRACIAS

Carlos Díaz

INSTITUTO EMMANUEL MOUNIER

L'autor proposa una reflexió suggerent i polèmica sobre el concepte de pàtria des de la seva particular visió de l'home, de la història i de la política. Al llarg de l'article, porta a terme una crítica de determinats conceptes reduccionistes de pàtria i exposa les seves nefastes conseqüències al llarg de la història.

1. SINE IRA ET STUDIO

21

*"Deutschland, du Blondes, Bleiches Wildwolkiges mit sanfter Stirn!
Was ging vor in deinen lautlosen Himmeln? Nun bist du das Aasloch
Europas"*

Bertold Brecht parlava así en los años veinte del mismo siglo veinte de aquella rubia y pálida Alemania, de frente suave cubierta de negros nubarrones, convertida en el muladar de Europa...

Patrias no, gracias. Ni pequeñas, ni medianas, ni grandes, ni enormes. Las gentes son muy raras, ponen mucho cuidado en no tragarse una hormiga, pero están dispuestas a devorarse mutuamente, las mayores a las menores. Así pues, ni españolidad, ni iberoamericanidad, ni americanidad, ni nada por el estilo, bástame con la búsqueda de humanidad, en la medida en que ésta no se incurve sobre sí misma cerrándose a lo que la funda. Es ahí donde quiero habitar, en lo humano agradecido a lo divino, por mucho que me digan que la españolidad no cierra a la europeidad, ni la europeidad cierra a la mundialidad. Sé que cada patria que abres te cierra a las demás. No somos tan grandes como para vivir sin clausurar, y pocos elevarán un muro protector sin excluir de él a quienes quieran luego ingresar en su interior.

Así pues, no deseo ser puertorriqueño –por lo que mi conflicto no es el de la dualidad de patrias, una grande (los EEUU) que se come a una pequeña (Puertorrico)–, ni tampoco cubano, de ahí que no sepa de los conflictos entre dos patriotismos, el de los insidiados de dentro de la isla y el de los exiliados de fuera. Tampoco deseo ser ciudadano de la Unión Europea. Mucho menos, menos que de ninguna otra parte del mundo, de los EEUU. Ni siquiera pretendo la condición de español, padecido ya su coste al haber nacido en 1944 en un país que en 1939 salía de un conflicto “patriótico” tan grande que llevó a una guerra fratricida de todos contra todos. Lo que tantos patriotereros manifestantes de uno y otro bando suelen ignorar es que *la patria*, que *toda patria* tiñe sus banderas con la sangre de sus abanderados, especialmente con la de los más pobres, sin comprender que en última determinación los intereses que desatan esa sangre siempre son intereses metapatrióticos. Así pues, la patria nos parece ser un engañoso muy peligroso para gentes de poco componente racional.

Escribo ésto siendo acomodado funcionario público de un Estado por el momento perteneciente a la estela de los países ricos del Norte, y ni siquiera estoy entre los funcionarios peor pagados de este país. Personalmente no puedo quejarme demasiado. En mi familia afortunadamente me quieren y se lo agradezco en el alma, pues sin ellos yo no podría vivir; mis amigos, los que conmigo colaboran y yo con ellos, son mi mejor carta de presentación; mis papeles van publicándose sin pena ni gloria, a veces con más pena que gloria, pero al menos sin que hasta la fecha me haya faltado editor para ninguno de esos libros míos, ya casi ochenta; y por si fuera poco en ciertos pequeños ámbitos mi humilde nombre es visto con respeto. Gracias sean dadas a Dios. Pero el resto es la patria España. Así que, constituyendo la patria España un entero disparate para mi gusto, me declaro tranquilamente metapátrida. *Sin ira ni apasionamiento*, es decir, sin nostalgia, sin acritud personal, en el uso de mis facultades mentales, mejores o peores, las que son, declaro humildemente *que quiero vivir en adelante todos los días de mi vida al margen de cualquier españolidad posible*. Desde esta opción, que no última voluntad en el sentido jurídico del término, este libro pasará revista a algunos de los tópicos de españolidad que más detesto, el principal de los cuales es que todos apelan a España y nadie la quiere.

Aunque no hiciera falta, por si no ha quedado claro, repito que no surgen estas páginas de un arrebato pasional, no son expresivas de la rabieta de un mal día, nada de eso. Ya en mis libros anteriores *La última filosofía española. Una crisis críticamente expues-*

ta (Ed. Cincel, Madrid, 1985), y en *Difícil humor nuestro de cada día* (Ed. Libertarias, Madrid, 1991) podrá el lector encontrar un discurso directamente originador de la presente algegonía. En otros, indirectamente: en *Intensamente, cotidianamente* (Ed. Encuentro, Madrid, 1983), en *Valores del futuro que viene* (Ed. Madre Tierra, Madrid, 1995), etc. Por último, en las numerosas páginas de *España, canto y llanto (Historia del movimiento obrero con la Iglesia al Fondo)* (Acción Cultural Cristiana, 1996), puede el lector interesado encontrar más de lo mismo, si bien desde una perspectiva histórica y sin una toma de partido personal tan declarada. Así pues, con la modesta autoridad que me confiere el pequeño esfuerzo desarrollado en el orden de la racionalidad analítica y de la perspectiva histórica, no menores en todo caso a la de quienes loan por su parte el patriotismo y la españolidad, digo y repito con Soren Kierkegaard que este dolor me vitaliza y no me deprime: *dolet ergo sum*, me duele luego existo.

En fin, desde esta nueva condición de metapátrida espiritual, aunque conservando el pasaporte de español y la personalidad jurídica de los demás españoles porque desgraciadamente sin papeles no se puede vivir a no ser empapelado, he perdido una identidad peor en favor de otra mucho mejor, pues no se pierden las señas de identidad cuando se ingresa en la comunidad de metapátridas activos, sino que se ganan: quien pierda activamente su patria, la ganará. Nietzsche dijo, no recuerdo dónde –vivo de recuerdos menguantes y son muchas cosas las que me impiden la lectura– que un pesimista es un idealista resentido, pero pienso que no siempre, y desde luego creo que no en mi caso. Tampoco son pesimistas los pobres. Al rabí Meír de Premishlán le preguntó un discípulo:

“- Por qué ponemos ‘maror’, hierbas amargas, en la mesa de Pascua, y no objetos de oro y plata? ¿Por qué tenemos que acordarnos de la amargura que sufrimos en Egipto, y no de las riquezas que nos llevamos en el Éxodo?”

- Es muy sencillo, contestó el Premishlaner. *La amargura sigue con nosotros, pero el dinero se ha ido*” (WIESEL, E: *Contra la melancolía*. Caparrós Editores. Madrid, 1996, p. 156).

2. PATRIA SÓLO SI GRANDE

Ni siquiera sin fronteras se encuentran los pueblos libres de sus egoísmos; en Brasil, por ejemplo, fácilmente el “Sur maravilla” mira por encima de los hombros al Nordeste empobrecido, y la Argentina de Buenos Aires fácilmente pospone a las gentes hermanas “de tierra adentro”. No, ni siquiera sería deseable una *Patria* de Patrias Hermanas, ni grandes ni pequeñas, pues allí donde los

alambres de espino aparecen hay neocolonialismo a la vista.

¿Cuántos kilómetros cuadrados tiene que medir una patria para comenzar a serlo? Imaginamos que no hay respuesta, porque la *patria* resulta inconmensurable. Así que, ya puestos, amamos las patrias de humanidad, no las valladas ni las kilometradas, pues la patria del ser humano está en el espíritu humano. Esto, de entrada.

Más luego hay que añadir esto otro: patria donde no se permite el libre tránsito sin mirarle a nadie el origen ni impedirle la libre residencia no es patria, que es cárcel. Una patria nunca está hecha. Patria hecha, patria deshecha. Lucenses, astures, cántabros, vascones, sordones, ceretanos, lacetanos, ilergetes, berones, arévacos, turmódigos, bracarenses, lusitanos, vettones, lobetanos, edetanos, olgades, carpetanos, contestanos, germanos, oretanos, célticos, turdetanos: bien venidos, bien quedados, bien idos.

La cosa empeora con conquistas y reconquistas, que si tu cuadrilla, que si la mía. Ojo, pues, al parche de la conquista:

“Madre España, ¡ay de tí!, en el mundo tan nombrada,/ de las partidas la mejor, la mejor y más ufana,/ donde nace el mismo oro, y la plata no faltaba,/ dotada de hermosura, y en proezas extremada; por un perverso traidor toda eres abrasada, todas tus ricas ciudades, con su gente tan galana,/ las domeñan hoy los moros por nuestra culpa malvada,/ si no fueran las Asturias, por ser la tierra tan brava”/

(Anónimo: Romance de Don Julián).

Ojo al parche de la conquista, pero también ojo al parche de la *re-conquista*, ojo al Marqués de Santillana:

“La gente de España llamava ‘¡Aragón!’, e todos ‘¡Navarra!’ los de su cuadrilla; e los que guardavan el noble pendón, do era pintada la fogosa silla, llamaban ‘¡Mallorca, Çerdeña e Ceçilia!”

Qué tabarrazo de indigenismo o endoincolismo, cuánto pendón junto a los pendones, cuánto tullido, cuánto huérfano para luego nada, para terminar en la denostada OTAN tras la ya denostada por don Antonio Machado:

“La España de charanga y pandereta, cerrado y sacristía, devota de Frascuelo y de María de espíritu burlón y de alma inquieta”.

2.1. Que es mi patria mi trabajo

Lasciate ogni speranza voi chi entrate. Abandonad toda esperanza vosotros que entráis aquí, repito con el Dante situado a la

puerta del infierno, ahora ante la puerta del infierno de España. Ahora bien, si proclamo enfáticamente que no espero nada de España lo hago, como queda dicho en el Prólogo, *sine ira et studio, sin ira ni inquina*, es decir, de ninguna manera por el despecho de no sentirme justamente valorado o apreciado, sino porque no me encuentro en absoluto identificado con lo que me rodea, con lo hegemónico dominante, con los hábitos y costumbres de las gentes de esta España, hasta el punto de sentirme extranjero, ajeno, enajenado en estos lares.

Dicho lo cual, añado sin embargo a renglón seguido que ni siquiera se me ha pasado por la cabeza nunca dejar una patria-Guatemala para meterme en otra patria-Guatepeor, expatriarme de una patria para empatriarme en otra, ni siquiera pienso repatriarme mañana en aquella en la cual vine al mundo –España– cuando la ocasión venidera fuere más propicia, si es que tal ocasión adviniere. No. Mi proyecto de futuro no es de quita y pon, sino que está, esté donde esté, en tierra extraña, en ese *no man's land* apenas poblado, al que se dirigen aquellos a quienes todas las fronteras de todas las patrias se les han quedado pequeñas. Hablar así podría resultar hasta cierto punto un pelín romántico, una ilusioncilla para quinceañeros inmaduros que imaginándose lobos esteparios ignoran sin embargo las fronteras de su propio corazón (pues en todas partes cuecen habas, y las fronteras que arrojas por la puerta se te cuelan por la ventana), por lo que ingenuamente se sienten superiores al resto de la humanidad.

Sin embargo, maduros o inmaduros, el caso es que pasar la vida contra corriente cansa y desgasta; tener que asumir permanentemente corriente arriba y casi en solitario la condición de universalista metapátrida (recordemos que el apátrida no es universalista ni particularista, sino meramente escéptico: no nos interesa) viene a resultar cosa bastante triste porque si en condiciones normales no habría que renegar de la patria pequeña para abrirse a la patria grande, sin embargo cuando la patria pequeña no satisface en absoluto o cuando impide la búsqueda de la patria grande, entonces no queda otra solución que borrarse de aquélla, aunque se continúe trabajando desde ella para lo universal. Sea como fuere, aquí estamos ya, recién transterrados de la propia tierra que no se apropió de nosotros, emigrantes, dándonos de todo punto igual cualquier asentamiento, todo otro meridiano o paralelo del globo terráqueo. Eso es lo que esperamos al menos, aunque el mundo gira y hoy estás arriba pero mañana abajo.

Yo, si Dios me da salud de cuerpo y de mente, así se lo pido hoy aquí, voy a seguir trabajando pobremente para todos los seres

humanos de buena voluntad, con independencia de su condición de tirios o de troyanos y de que deseen o no escuchar mi pequeño discurso porque, de todas las patrias que conozco hasta la fecha, la del *trabajo* es la más acorde con la humana condición. Mi lema es, pues, dicho cartesianamente, el que sigue: *laboro, ergo sum*, trabajo, luego existo; desde esa perspectiva, mi humilde existencia ha venido gozando de gran intensidad, podría incluso decirse que ha disfrutado de una existencia plurivital en una sola vida, razón por la cual mis verdaderos compatriotas están siendo los co-laboradores, dure lo que dure el trayecto; en consecuencia, todo cuanto no es trabajo lo tengo por mal negocio o *nec otium*, hombre como soy de muy poco ocio, incapaz de decir "mi patria son las carreras de caballos", o, más castizamente, "mi patria son las corridas de toros".

En definitiva, si no hay historia de España ¿por qué tenía que haber historia de los españoles? Hay patria, sí, pero de los que trabajan, y más exactamente de los que trabajan en trabajos en favor del hombre. Y eso es lo que abre a lo metapátrida, a lo verdaderamente importante.

2.2. Por una patria a la vez humanisferio y teosfera

Así pues, sábetelo, querido lector, que el trabajo del que hablo ahora no es una variante de los trabajos de Hércules, pues proviniendo de persona tan débil no podría estar para gigantomaquias espectaculares por mucho que lo pretendiera; trátase más bien de un laboreo humano y para seres humanos con todas sus fragilidades correspondientes, incluida la fragilidad de todas las fragilidades, razón por la cual su patria es asimismo la del *ser humano*, por así decirlo su esfera es el *humanisferio*, patria de la fragilidad que busca más allá de sí misma. En resumen, nada de las patrias al uso me interesa, bástanme el paisaje y el paisanaje humanizados, ese es mi imaginario social, esa es la verdadera *patria* común, y en ella queremos desarrollar la *fratría* o comunidad de hermanos *metapátridas*.

Y quiero por fin que sepas que, a su vez, desde ahí busco *lo divino* que hay en esa laborante condición humana, razón por la cual no ceso de lanzar miradas más o menos furtivas cada día y cada noche, en la salud y en la enfermedad, desde la tierra hacia lo alto del cielo, hacia la patria eterna, hacia la *teosfera*. La patria es ante todo una Causa.

A estas alturas, deseo anticiparme a reconocer una previsible objeción, a saber, la que recuerda que irse del patrioterismo pequeño por carencia de empatía con la patria pequeña no basta para

asentar debidamente la propia tienda en la patria grande, pues la pérdida de una carrera no constituye aval suficiente para la ganancia de la segunda. Ciertamente, por eso nosotros no somos de aquellos que progresan en euforia a tenor de lo creciente de sus decepciones, de ahí que nunca hayamos compartido la filosofía catastrofista del “cuanto peor, tanto mejor”, pues sabemos bien y por experiencia propia que en todas partes cuecen habas.

Por eso no nos vamos, nos quedamos, *nos quedamos aquí, y además sin patria*: ésto es lo duro. Aquí estamos, pues, llorando, y a ti que te sientes también como nosotros nos sentimos te invitamos a llorar sin que las lágrimas te impidan ver el sol, antes al contrario con la conciencia de que ciertas lágrimas pueden ser purificadoras si el llanto es a la vez canto, llanto firme y canto más firme todavía. Al ir iremos llorando sembrando las semillas, al volver volveremos cantando recogiendo las gavillas.

Recabamos para nosotros, en suma, la identidad de metapátridas, pero no de apátridas pasivos sino de *metapátridas activos*, de aquellos que mientras lloran siembran, invitando a los demás a colaborar en la siembra, pues la mies es mucha y los trabajadores pocos; así que ven a llorar-sembrar con nosotros, hermano, haz como dice Horacio: *si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi, si quieres que yo llore ha de dolerte primero a ti mismo*.

Aquí estamos, pues, tratando de sustituir poco a poco la *identidad* patriótica del RH por la identidad *mestiza*, allí donde lo personal y comunitario de los seres humanos se encuentra, se hermana, se humaniza en el intercambio de las sangres y de las culturas sin fronteras. Los racistas y los patrioteros a ultranza tienen sus días contados, pues el color de los colores del mundo es el color mestizo: ¿quién podría ponerle fronteras a la polinización de los colores de la Tierra?

En fin, no desearíamos dar demasiado portazo al salir del patriotismo para entrar en el mestizaje, conscientes de que el estilo es el hombre. Sin rabieta, *nos quedamos yéndonos y nos vamos quedándonos*, con la cabeza fría y el corazón en su sitio, tristes por todo lo que el éxodo significa, pero a la vez esperanzados y satisfechos por la nueva y superior estrella a la que desde ahora perseguimos. Gracias, en fin, a la patria pasada, y adios.

3. LA MEJOR PATRIA, LA INEXISTENTE

Qué extraño es el ser humano. Lo asombrosamente tonto de todo esto es que cada patriota parezca dispuesto a pegarse contra cada otro patriota por la superioridad de su propio chupachú, sin darse cuenta de que todos los chupachús enamoran a todos los

patriotas con la misma chupintensidad. ¿No será porque cada uno de ellos al mirarse en el espejo de su patria-chupachú no es capaz de ver más que el propio rostro, contemplado con mirada ultranarcisista y supremacista?

¡Patria, como la madre, no hay más que una!, gritan todos los hiperpatriotas, y lo curioso es que lo vocean todos... ¡a una!, como Fuenteovejuna. Pues bien, si tal es así ¿por qué no unificáis todas las patrias en una sola patria, la mejor de los mejores, la común a la entera humanidad?

3.1. ¿Puertorriqueño? No, gracias

Cualquiera que se haya asomado a Latinoamérica, por ejemplo, habrá podido comprobar fácilmente hasta qué punto late allí firme el pulso nacionalista, manto bajo el cual los matarifes de arriba siegan impunemente la yugular de los pobres de abajo para engordar con la sangre de éstos. Países jóvenes, recientemente emancipados de la “madre Patria España”, reivindicán para sí a la entrada del tercer milenio el patriotismo o matriotismo correspondiente, y lo reivindicán con una ilusión y sobre todo un entusiasmo de los que carece la Europa escéptica, especialmente la antigua y cansada España.

Tomemos como ejemplo primero a *Puerto Rico*, país donde la identidad patriótica se ve problematizada por su peculiarísima relación con los EEUU, pues desde el 1917 los puertorriqueños tienen ciudadanía estadounidense (son nacionales de Puerto Rico y ciudadanos de otro país, por ende extranjeros en su propia patria). Asimismo carecen de poderes soberanos para regir la política nacional, ya que el Congreso de los EEUU ostenta entre otros poderes los de tarifas e impuestos de aduana, relaciones exteriores, ejército, moneda, embarques y fletes, espacio aéreo, aviación y fletes, comunicaciones externas, migración e inmigración, límites marítimos y guardia costera, comercio exterior e interior, etc.

Pues bien, como es sabido, dentro de los países latinoamericanos jóvenes también se escuchan voces que alertan contra el patriotismo enfermizo para postular un patriotismo correcto, y así, bajo el título *Grandeza Puertorriqueña*, escribe Luis Rafael Sánchez en el ABC del 11-XI-96 las siguientes palabras:

“Apenas se llega a saber que se es puertorriqueño, apenas se aprende la sig-nología representativa de ese ser, comienzan a doblar las campanas por la condición astrosa y la geografía breve del país, por el retraso histórico a que conduce un idioma asociable con el hambre y la desesperación como el español. Apenas empieza a decantarse el amor natural por lo puertorriqueño se empieza a inculcar el abrazo cerrado al nacionalismo norteamericano.

Irónicamente, quienes vilipendian los conceptos nación y nacionalismo cuando se trata de Puerto Rico aplauden los mismos conceptos cuando se aplican a los Estados Unidos de Norteamérica.

Con equilibrio del intelecto y el espíritu, alejados de los vicios de la patriotería pero cercanos a las virtudes del patriotismo, los puertorriqueños debemos empezar a conocer y reconocer la grandeza de nuestro país en vez de caer en la desdicha moral de estremecernos como individuos o la desgracia histórica de subestimarnos como colectividad.

La grandeza puertorriqueña no hay que salir a buscarla en el tamaño del país —la menor de las cuatro Antillas mayores. Tampoco en el renglón de las riquezas naturales, pues la transformación de la sociedad puertorriqueña en una economía industrial tuvo como precio la aniquilación del agro, y apenas si puede hoy hablarse de vida puertorriqueña del cafetal y del cañaveral. La grandeza puertorriqueña radica, principalmente, en la gente, en su deseo de amistad y compartir, en la voluntad de enfrentar las derrotas con el recurso de una fe admirable. Allí aguarda, como agua de manantial, a quien pueda disfrutarla, incluso a los hijos del país que se malquieren a ellos mismos. Allí se guarda, como una dádiva transfigurada por la sencillez, para satisfacción de quien decida quererse con responsabilidad y conocerse con iluminación”.

Hasta aquí la cita de un puertorriqueño culto. ¿Vale más el patriotismo correcto como el de Luis Rafael Sánchez que el populismo exacerbado y termocéfalo de las masas? Obviamente, sí; pero a la vez nos vemos obligados a comentar que el patriotismo “bueno” es precisamente el que hace posible el patriotismo “malo” o impresentable, con lo cual sería mejor que desapareciesen los dos, el bueno y el malo. A mí particularmente el patriotismo, incluso el equilibrado, se me antoja el *vicio de lo cercano*, la inercia respecto de una proximidad mal entendida que empieza y termina con el apego a lo exclusivo propio, pues si bien puede ser cierto que, como queda dicho, “la grandeza puertorriqueña radica, principalmente, en la gente, en su deseo de amistad y compartir, en la voluntad de enfrentar las derrotas con el recurso de una fe admirable. Allí aguarda, como agua de manantial, a quien pueda disfrutarla, incluso a los hijos del país que se malquieren a ellos mismos. Allí se guarda, como una dádiva transfigurada por la sencillez, para satisfacción de quien decida quererse con responsabilidad y conocerse con iluminación”, si bien puede ser cierto todo eso, no lo es menos que tales virtudes pueden atribuirse y predicarse de todas y cada una de las comunidades de la Tierra en las cuales sople todavía un mínimo de buena voluntad. En consecuencia, a mí el puertorriquismo me sobra como tal, y me complacería mucho más como integrante de un humanismo cósmico, global, terráqueo.

3.2. ¿Cubano? No, gracias

Por su parte María Elena Cruz-Varela, con un lenguaje muy poético y en el contexto de una identidad patriótica severamente marcada por la disidencia respecto del dictador Fidel Castro, escribe desde su querida Cuba el siguiente *Manifiesto de Ausencia*:

"Yo no tengo un país; tengo un conflicto. Tampoco tengo Patria; tengo anécdotas escuchadas en tercera persona; reminiscencias heredadas más que vividas, y la aplastante sensación de haber llegado a la Fiesta justo cuando comenzaba a dejar de serlo. A partir de ahí, todo se vuelve avanzar de espaldas para reconstruir el mapa interior y el exterior con retales ajenos. Cuando murió el paisaje de aquella, 'la tierra más hermosa', no pude asistir al funeral de lo que para mí, y para las siguientes generaciones, sólo era ficción agonizante: la deconstrucción científica y sistemática de un modo de ser hasta en el aire, el mar, los hombres y las plantas.

Los cubanos de dentro y de fuera de la Isla 'somos' porque llevamos en la proteína histórica el gen de lo que fue y de lo que queremos 'volver a ser', porque más que socialistas, capitalistas o neoliberales, es la necesidad de 'volver a ser cubano' la que nos hace andar por el mundo con los baúles cargados de añoranza, cada cual con su particular pedazo de historia, un trozo de campiña, un saquito de arena, una botellita con el agua salada del Caribe, y una estampita de la caridad del Cobre sobada con sudores y lágrimas.

La poeta escribió hace algunos años 'la muerte es un país/y me lo creo', y sin saber por qué me apropié de aquellos versos crípticos, los hice míos y desde que yo también vago al estilo de los cuerpos celestes, sin pasado, apenas sin presente, los repito una y otra vez...

Por tanta dispersión, no en mí, sino en las circunstancias, declaro que no tengo país, no tengo patria. Tengo un sumatorio de relatos robados en mis conversaciones y todos los elementos que componen una inmensa, inabarcable tragedia que nos lleva a rodar como piedra caliza, y a clavarnos en más de una pupila para que no encuentren alivio ni sosiego, al menos, hasta que se haga Justicia con mayúscula. Hasta este momento, más que un país, tengo y padezco de un anhelo".

Escribes bien, hermana; pero ¿por qué tanto zoologismo? ¿la patria convertida en genética? ¿llevamos en la proteína histórica el gen de lo que fue y de lo que queremos 'volver a ser'? Pues no, de eso nada, cuando la ética se mezcla con la genética acaba en la dietética y en la cosmética, es decir, en el dinero, y a su vez, precisamente por ello, la dietética en patética. Si tanto pesa el gen ¿por qué no mezclar la afectividad con los negocios, con la efectividad? Y, sobre todo, ¿por qué no asociar patria a raza? Si un gen puede, dos genes pueden más en forma de cogén, o de cojín, o de cojón...

Demasiado verde en los ojos, demasiado componente étnico-telúrico, por ambos considerandos se ha vertido demasiada sangre humana; hay que terminar con todo eso, lo pequeño es her-

moso, sin embargo lo demasiado pequeño puede tornarse ridículo y raquítrico.

También yo digo: "yo no tengo un país; tengo un conflicto. Tampoco tengo Patria". También yo digo: "hasta este momento, más que un país, tengo y padezco de un anhelo". Solo que mi conflicto es el ser humano mismo, y el anhelo de solución del conflicto es ese mismo ser humano, en el cual busco la epifanía de lo eterno, de lo divino, de lo que verdaderamente salva. El resto me parece –dicho sea con todo respeto para las personas concretas– folletín y novelita rosa, los cuales pueden comprenderse (que no "entenderse") como manifestación de un conflicto subjetivo en unas circunstancias históricas muy concretas, pero que de ninguna manera ha de universalizarse. Ya está bien, año 2.000...

4. ESPAÑA NO, EUROPA TAMPOCO, Y EEUU MENOS, CLARO ESTÁ

4.1. EEUU, lo demoniaco

¿Quieres caldo de patria? Pues toma dos tazas del caldo de pollo suprapatrio EEUU. En efecto, además del casi infinito número de agresiones permanentes, EEUU realizó en los últimos tiempos centenares de intervenciones económicas o militares en decenas de países latinoamericanos, siempre que quiso hacerlo. Hoy mantiene un bloqueo económico contra Cuba hace más de treinta años; destituyó al presidente Jacobo Arbenz cuando éste desapropió tierras de la United Fruit en Guatemala; invadió la minúscula isla de Granada; llenó de minas Nicaragua; envió tropas a Santo Domingo para impedir la toma de posesión del Presidente electo Juan Bosch; financió huelgas y atentados destinados a desestabilizar el gobierno constitucional de Allende; mantuvo a sangre y fuego dictaduras sanguinarias en El Salvador y Guatemala, etc.

EEUU autorizó a su FBI a actuar en cualquier país para defender sus intereses; secuestró ostentosamente a un mexicano en México y lo condujo a EEUU para juzgarlo; otro tanto hizo con un ciudadano panameño. Su ejército ejerce en cualquier punto del planeta, actuando como le viene en gana, y presumiendo de estatura moral de la humanidad. Para castigar a los cubanos que derribaron una avioneta pilotada por dos agentes provocadores venidos de Miami hasta el espacio aéreo de Cuba, tomó la increíble resolución de represaliar a un gran número de países cuyas empresas comerciaran con la isla. ¿Qué necesidad había, por tanto, de incluir en la carta de la OEA una regla que le facultase para hacer lo que ya viene haciendo sistemáticamente? Sería para reír si no

fuera para llorar. Por ejemplo ¿cómo aplicar el principio de la no intervención en el caso de Santiago Noriega, un ex-agente de la CIA, puesto por EEUU en el gobierno de Panamá, destituido años después por tropas estadounidenses, transportado a territorio norteamericano, donde se encuentra encarcelado bajo la acusación de narcotraficante? ¿cuándo se dió la transgresión al principio de no intervención?

El mundo entero, pero especialmente los países más pobres, son el patio trasero de las empresas norteamericanas, y por lo tanto si hay alguna palabra cuyo significado se ha vuelto obsoleto es la palabra *soberanía*. Las organizaciones supuestamente internacionales son organizaciones títeres, no existe derecho internacional, no hay patrias, sólo un soberano en permanente estado de injerencia, a pesar de que las multinacionales constituyan una soberanía de soberanos apátridas con patria común, el dinero. Con él, un norteamericano consume la misma energía que 55 indios, 168 tanzanos o 900 nepalíes.

4.2. Europa, o el ecu

¿Europa? Llame usted a la red, o la *net*, o a la *Internet*, cuya red la teje el arácnido de los EEUU. Navegue usted por su red, siéntase libre, pobre ingenuo. Si de verdad quiere navegar con la libertad de Ulises, tápese los oídos como lo hizo Ulises cuando volvía a Ítaca, a fin de que los cantos de sirena emanados de la red no le conviertan en cerdo. Y navegue luego fuertemente, corriente arriba, para lo cual, internauta, debe saber usted que hoy no hay más patria que *el bucle*, *actual configuración de las patrias*. El largo y sin desperdicio texto que sigue al respecto no es mío, es de Ignacio Ramonet, director de *Le Monde Diplomatique*:

"La transmisión de datos a la velocidad de la luz (300.000 km por segundo); la digitalización de los textos, las imágenes y los sonidos; el recurso, ya banal, a los satélites de telecomunicaciones; la revolución de la telefonía; la implantación de la informática en casi todos los sectores de producción y servicios: la miniaturización de los ordenadores y su introducción en redes a escala universal, han conseguido, poco a poco, revolucionar el orden mundial.

Especialmente el mundo de las finanzas. En lo sucesivo, las finanzas reúnen las cuatro cualidades que las convierten en un modelo perfectamente adaptado al nuevo reparto tecnológico. Atributos que se presentan como divinos y que como es lógico generan un nuevo culto, una nueva religión: la del mercado. Durante las 24 horas del día se intercambian instantáneamente datos de un extremo a otro de la Tierra. Las principales Bolsas están unidas entre sí y funcionan en bucle. Sin parar. Mientras, en todo el mundo, ante sus pantallas electrónicas, millones de jóvenes superdiplomados se pasan el día colgados del teléfono. Son los oficinistas del mercado. Interpretan la nueva racionalidad económica, que

siempre tiene razón, y ante la que cualquier argumento –sobre todo social o humanitario– debe inclinarse.

Sin embargo, lo más normal es que los mercados funcionen, por así decirlo, a ciegas, incluyendo parámetros tomados prestados casi de la brujería, como la economía de los rumores, el análisis de los comportamientos gregarios, o incluso el estudio de los contagios miméticos. Esto es así porque, debido a estas nuevas características, el mercado financiero ha puesto a punto nuevos productos extremadamente complejos y volátiles, que muy pocos expertos conocen bien y que les proporcionan –eso sí, corriendo algún riesgo, como se ha demostrado hace bien poco con el hundimiento del banco británico Braings– una considerable ventaja en las transacciones. Quienes saben actuar sabiamente –es decir, en su propio beneficio– sobre el curso de los valores y las monedas, apenas llegan a ser una decena en todo el mundo. Se los considera los ‘dueños de los mercados’. Si sale una palabra de su boca, todo puede tambalearse: el dólar baja, la Bolsa de Tokio se hunde.

Ante la potencia de estos mastodontes de las finanzas, los Estados no pueden hacer gran cosa. Este hecho ha quedado patente durante la reciente crisis financiera de México, que estalló a finales de diciembre de 1994. ¿Qué peso tienen las reservas acumuladas en divisas de EEUU, Japón, Alemania, Francia, Italia, el Reino Unido y Canadá –los siete países más ricos del mundo– ante la disuasoria fuerza financiera de los fondos de inversión privados, en su mayor parte anglosajones o japoneses? No mucho. Pensemos, por ejemplo, que en el más importante esfuerzo financiero de la historia económica moderna en favor de un país –en este caso México– los grandes Estados del planeta (entre ellos EEUU), el BM y el FMI consiguieron reunir, entre todos, cincuenta mil millones de dólares. Pues bien, por sí solos, los tres primeros fondos de pensiones norteamericanos (Fidelity Investments, Vanguard Group y Capital Research Management) controlan quinientos mil millones de dólares...

Los gerentes de estos fondos concentran en sus manos un poder financiero que no posee ningún ministro de economía ni ningún gobernador del banco central del mundo. En un mercado que ha pasado a ser instantáneo y universal, cualquier desplazamiento brutal de estos auténticos mamuts de las finanzas puede suponer la desestabilización económica de cualquier país.

Los dirigentes políticos de las principales potencias del planeta, reunidos con las ochocientas cincuenta autoridades económicas más importantes del mundo en el marco del Fórum Internacional de Davos (Suiza), anunciaron claramente hasta qué punto desconfiaban de la nueva consigna de moda ‘¡Todo el poder al mercado!’, y cuánto temían a la potencia sobrehumana de esos gerentes de fondos. Su fabulosa riqueza, a menudo al abrigo de los paraísos fiscales, se ha liberado totalmente de los gobiernos, y ellos actúan a sus anchas en el ciberespacio de las geofinanzas. Éste constituye una especie de nueva frontera, un nuevo territorio del cual depende la suerte de buena parte del mundo. Sin contrato social. Sin sanciones. Sin ley. Excepto las que establecen a su libre arbitrio los protagonistas. Para su mayor provecho.

En tales circunstancias ¿es de extrañar que, especialmente en EEUU, el desigual reparto de la riqueza continúe agravándose? ¿Y que el 1% de la población más acaudalada controle aproximadamente el 40% de la riqueza nacional, es decir, dos veces más que el Reino Unido, el país menos igualitario de Europa Occidental?

‘Los mercados votan todos los días –opina George Soros, financiero multimillonario–, obligan a los gobiernos a adoptar medidas impopulares, desde luego,

pero indispensables. Son los mercados los que poseen el sentido del Estado'. A lo que Raymond Barre, antiguo primer ministro francés, gran defensor del liberalismo económico, responde: 'Decididamente, ya no podemos dejar el mundo en manos de un atajo de irresponsables treintañeros que no piensan más que en ganar dinero'. El señor Barre considera que el sistema financiero internacional no posee los medios institucionales necesarios para hacer frente a los desafíos de la mundialización y apertura general de los mercados. Hecho que también constata Boutros-Gahli, secretario general de la ONU: 'El poder mundial escapa en gran medida a los Estados. La mundialización implica el surgimiento de nuevos poderes que trascienden las estructuras estatales'.

Entre estos nuevos poderes, el de los medios de comunicación de masas se nos muestra como uno de los más poderosos y temidos. La conquista de audiencias masivas a escala planetaria desencadena batallas homéricas. Algunos grupos industriales se han enzarzado en una guerra a muerte por el control de los recursos de las sociedades multimedia y de las autopistas de información..."

Ante este panorama, como puede suponer el lector, ya están completamente de más para nosotros las endopolémicas en torno a España, como lo están las que se obstinan en dar vueltas y revueltas en torno a Europa y a su famoso Mercado. Ni euroescépticos, ni eurófilos, como tampoco hispanoentusiastas ni hispanodecepcionados, a nosotros el escenario real de la humanidad nos parece muy distinto. Europa se esfuerza por existir, pero hace el papel de doméstica de los EEUU, al pie de la red económico-militar. Cambiarán gobiernos en los respectivos países europeos, lo que no cambia es la OTAN, el imperio del Norte del Norte. Ni siquiera el *Bundesbank* alemán tiene una hora de soberanía respecto de la Bolsa de Nueva York. El mismo eco del *ecu* es una derivación del dólar antes de que este último se ponga en marcha efectiva.

Por lo demás, como ya hemos dicho tantas veces, en la barca de Europa no hay ya otra cosa que las redes de su mercado, un común mercado de mercaderes, gentes con corbata y altos sueldos que asaltan los bienes de los Estados y de los pueblos. Desde tales redes, esos son los asaltantes, y no los pobres sin trabajo, ni los campesinos sin tierra. Estos *butroneros* sin fronteras de la humanidad empobrecida por ellos destripan y desvalijan con el ecudólar los lugares más recónditos. Ellos poseen, por ejemplo, la propiedad sobre la tierra en el remoto Estado de Mato Grosso do Sul, donde la propiedad sobre la tierra es tal vez la más concentrada, con un 1% de la población como propietaria del 70% de esa tierra.

En fin, Europa no resiste la mirada de los pobres, pero especialmente la de África. Lo que pueda decirse de Europa a la hora de la verdad es lo que pueda decirse de África. La humanidad se africaniza y crucifica en el color negro del continente donde nuestras miserias ponen más de manifiesto nuestra condición. La mirada

del hombre, la talla de la humanidad, es hoy por hoy la mirada de África, la talla de África.

4.3. África: oferta y demanda

Tenemos muchas patrias por ganar, no las que ya están ganadas, deporte este último de ganar las patrias ya ganadas que constituye una de las aficiones favoritas de las clases hegemónicas, tanto de las que son hegemónicas desde el poder, como de las hegemónicas que lo son desde la oposición que alterna con el poder.

Pero quien desee ganar patrias perdedoras habrá de perder la suya ganadora, pues no cabe servir a dos patrias ganadoras. Por el contrario, quien gane una patria perdedora merecerá la condición de metapátrida, y allí se encontrará con lo verdaderamente profundo de la humanidad. Espero que este trabalenguas aparente se entienda mejor con el siguiente texto de José María Mendiluce, a pesar de que su autor ocupa actualmente el cargo de vicepresidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Parlamento Europeo, y en esa medida –institucionalmente hablando– se le puedan y deban pedir cuentas:

“África se nos está muriendo ante los ojos perplejos de los que la aman y los ojos ciegos de los que la condenan. África camina a la deriva entre la indiferencia de muchos y la activa contribución de los mercaderes de la muerte. África ‘sobra’ en el reparto de funciones de esa economía globalizada, que mundializa los beneficios y que no conoce fronteras ni límites para especuladores y teóricos del triunfo del mercado y de la competencia. Pero que sí los establece cuando de derechos humanos, de valores y de principios se trata. África, expoliada y dejada en manos de dirigentes corrompidos por el sistema corruptor que les vendimos, se hunde mientras se debate en busca de un futuro que le niegan los adoradores del mercado. Quieren éstos un África de Mobutu, de dictadores y de tiranos, o de democracias huecas y vulnerables, incapaces de cuestionar su lugar en el reparto. De depredadores de sus riquezas y destructores de su equilibrio ecológico. Y somos muchos los que queremos y creemos en un África de Mandelas, de dignidad e independencia. De derechos humanos y de libertad.

Mientras, en Europa avanzamos en la convergencia, en el control del déficit y de la inflación, hacia la moneda y el mercado únicos, como si ésos fueran los únicos objetivos de un continente que sobrevivirá sólo si sobreviven los valores que deben fundamentarla y que se olvidan o sacrifican tantas veces. Se vende a los ciudadanos, cada vez más escépticos, más alejados de sus instituciones, una Europa de sálvese quien pueda, cuando ante cada horror, ante cada masacre, la ciudadanía europea, la española en particular, da muestras de estar por delante de sus dirigentes en sensibilidad y sentido de la responsabilidad ante las víctimas de nuestros egoísmos.

Está bien. Europa de mercado. Hagamos que coticen como valores los seres humanos, avancemos en una convergencia solidaria que nos haga gritar ¡basta ya! de Sevilla a Estocolmo. Corrijamos el déficit democrático..., el déficit de espacio para nuestras inquietudes, el déficit de solidaridad y de presupuestos

para la cooperación, el déficit de capacidad de respuesta ciudadana, articulada y enérgica para decirles que no. Que no somos despreciables seres egoístas o insensibles, objetos emisores de votos inevitables, como pretenden algunos.

Sí. Luchemos contra la inflación. Inflación de funcionarios de la política, insensibles y burócratas, desmotivadores y alejados de la realidad, inflación de reuniones y palabras, frente al déficit de acciones coherentes. Inflación de corruptos y sinvergüenzas, producto de la deificación del mercado y del dinero fácil. Inflación de falsos incentivos hacia una felicidad imposible si se nos aparta de los valores que nos hacen ser humanos, sensibles, solidarios...

África no tiene tiempo que perder ni para recuperar todo lo que no se hizo. Debe incorporarse, a través de la libertad y de la educación, al siglo XXI sin pasar por el que ya perdieron. Y hacia ese siglo vamos caminando también nosotros, confundidos y a veces desmoralizados por la fuerza de este castillo de naipes, aunque de aparente solidez, construido por los aduladores del Dios de los Mercados. Especulemos contra ellos. Dejemos de comprar sus bonos y valores y compremos, todos a una, el valor no cotizante de la dignidad humana. Harán crac, un estruendoso crac mayor y más profundo que los de la Bolsa de Nueva York.

Es un problema de oferta y de demanda. Y los que demandan son millones de seres humanos que quieren vivir. Adecuemos la oferta" (África: oferta y demanda. En *El País*, 18 de noviembre de 1996).

Y, mientras tanto, ay hermana África, ¿cómo narrarán su ayer los propios africanos del mañana, qué ritmo y qué música pondrán a sus éxodos continuos y cargados de dolor como los del antiguo Israel, qué nos dirán de sus permanentes pasos de fronteras huyendo de una esclavitud para entrar en otra, cómo relatarán su propio mar rojo, esta vez rojo de sangre negra, cargados mientras tanto los sobrevivientes de noche, muerte, miedo y hambre? ¿o ni siquiera tendrán quien rememore su cruel infortunio, vertido un nuevo silencio espeso sobre su negritud anonadada? Ay, estos nuevos Auschwitz de los pueblos pobres de la Tierra, estos Hiroshimas recidivantes sin que nadie mueva un dedo identificador, a no ser para aplastar un poco más. Ay, ese silencio que ningún patriota reivindica, y del que —como judío— se lamenta Elie Wiesel, premio Nóbel de la paz, ese silencio que es siempre "el de comunidades enteras que, a través de un continente de fuego, en un planeta de cenizas, se dirigían a la muerte lentas, silenciosas y recogidas, como desesperando de la palabra y quizá, incluso, del silencio. Más que el hambre de los hambrientos, más que la tortura de los atormentados, más que las llamas saltando por encima de las fosas comunes, lo que me asedia es el silencio de aquellas procesiones nocturnas" (WIESEL, E: *Contra la melancolía*. Caparrós Editores, Madrid, 1996, p. 199). Ay, África...

4.4. Ni europeizar España, ni españolizar Europa

En la España eternamente de espaldas al África próxima tan sólo a unos pocos kilómetros, o en guerra por colonizarla, el 13 de noviembre de 1898 Joaquín Costa leía en Barbastro, ante la Cámara Agrícola del Alto Aragón, un programa der regeneración nacional. El cirujano de la mano de hierro proclamaba una disciplina social férrea, hasta el punto que el 12 de abril de 1903, en el mitin de Madrid, se expresaba del modo siguiente: "Para salvar a España es necesaria mucha sangre, no en forma de sudor del explotado, ni de cárcel del oprimido, ni de suplicio del siervo, sino de corazón del gobernante, como un nuevo crucifijo para vengar tanta injusticia, como nuevo signo de redención. Hacen falta gobernantes que recorran con mano de hierro la península, acabando, como visión apocalíptica, con los caciques y oligarcas, persiguiéndoles en sus más ocultas madrigueras, sacándolos a la luz, mandándolos a Ceuta, hasta que la inundación de chaquetas, levitas y togas criminales rebase la líneas del Rif y acaben con ella a tiros en las cabilas". Pero Joaquín Costa se equivocaba, y una guerra fratricida e incivil no ha bastado para regenerar tanta degeneración; por lo demás, la violencia trae consigo más desorden y más corrupción, y tan sangre es la sangre de los de arriba como la de los de abajo.

Pero la cuestión tampoco es ya la que atenazó a la Generación del 98, trabada en la polémica de si europeizar España, o españolizar a Europa. Unamuno, Baroja, Azorín, Maeztu, todos los escritores de la generación del 98 expresan una honda preocupación por España, y muchos de ellos piensan que España es un problema cuya solución está en Europa, aunque luego también supieran volver su mirada hacia Berceo, hacia el Arcipreste de Hita, o hacia el Poema del Mío Cid. Cuestiones ya enteramente sobrepasadas, no mueven nuestros molinos.

Yo no me voy a descasar de España para matrimoniarme con Europa, ni con EEUU, ni con nadie, pues ahora andar por Europa es andar por casa, aunque España sea más pobre y en algunas cosas aún valiera para ella el lema *Spain is different* acuñado por el patriótico Caudillo para conmemorar sus célebres XXV Años de Paz, pero en general los disvalores son los mismos allí arriba que aquí abajo, al otro lado de los Pirineos, como ya dejé inequívocamente dicho en *Los nuevos jóvenes de la vieja Europa* (Ed. Libertarias, Madrid, 1989), y en muchos otros escritos. De forma que si me pierdo en alguna parte, no me busquen al Norte, por favor, búscquenme *Al Sur*.

Al Sur, es decir, *corriente arriba*, no se va por abandono del Norte, al menos yo voy a quedarme físicamente en España porque no hay más remedio y porque al fin y al cabo no soy todo lo libre ni todo lo fuerte que me gustaría, pero desde luego anímicamente hace mucho tiempo que no tengo mi residencia en estos paganos pagos, donde campan por sus respetos todo tipo de jóvenes narcisistas, muy parecidos entre sí, a pesar de la panoplia de divisiones en que los sociólogos actuales gustan encerrarlos, y que son las siguientes:

- **logromotivados**, partidarios del éxito como camino de máxima integración social;
- **segregacionistas**, elitistas y jerarquizantes que valoran el dinero como medida de las cosas e incluso de las personas;
- **conformados**, amigos de las normas del orden burgués y de la autoridad, dóciles y poco imaginativos, sin sentido del riesgo ni de la aventura;
- **pasivos**, zombis muertos en vida que prefieren la acomodación y la ausencia de compromiso, resultando reacios al esfuerzo liberador;
- **utilitaritas**, individualistas, pragmáticos, funcionales, que enfatizan el provecho personal, el cálculo de resultados, el hedonismo;
- **libredisfrutadores**, interesados únicamente en el aquí y el ahora, inconformistas pero sin idealismo, con un ego fuerte que choca con lo que no es su egoísmo...

¿Qué se puede comentar? Pues que de semejante *frente de juventudes* de la hodierna Europa posmoderna, *libéranos Domine*. O mejor, algo se puede comentar, que no decaiga. En este climax, cierta empresa murciana ha mejorado el rendimiento de sus trabajadoras a base de Nolotil, y cierto equipo de la Universidad Complutense de Madrid acaba de inventar un producto para la conservación de los muertos, *Complucad* (¿Complutense cadáver?). Ahora ya sólo falta otro de uso más tópico y genérico, *Hispanocad* tal vez, culminación de todas las deponencias y de todas las decaencias.

Del mundo no nos podemos bajar, queremos rehabilitarlo en lo que de nosotros dependa, desde dentro del mundo; pero nuestro reino no es de este mundo. Vamos a continuar trabajando en él a destajo, estajanovistamente, mientras Dios nos lo permita, pero dentro de este mundo hay otros mundos que hemos de descubrir, según recordábamos ya en nuestro libro *Maximiliano Kolbe, la victoria sobre Auschwitz* (Acción Cultural Cristiana, Madrid, 1994). Pues, en efecto, hay otros mundos aunque se nos hayan

ocultado. Se nos había hablado hasta la saciedad de las comunas, de los falansterios, de los socialismos utópicos y demás alternativas prometeicas frente al Sistema, pero ¿por qué nadie nos había dicho que hubo otras realidades, por ejemplo un común, el fundado por *Maximiliano Kolbe* en Niepokalánow (Polonia), que compuesto por humildes franciscanos llevó a cabo lo que ningún otro común pudo nunca siquiera imaginar? Se nos había dicho que después de los campos de concentración nazis la muerte había prevalecido definitivamente sobre el ser humano, pero ¿por qué apenas nadie nos había recordado que Maximiliano Kolbe derrotó mansamente a la barbarie al dar gratuitamente la vida por otro prisionero anónimo en Auschwitz?

¡Se ha mecido la cuna de nuestra ignorancia con tantos cuentos, pero con tan pocas verdades, como diría el poeta! Pero lo que hace falta es sembrar el mundo de verdades, que sólo lo serán si eternas. Y este libro, cansado de mentiras pero sediento de verdades, de las verdaderas verdades, de verdades eternas, no se conforma con que la mentira-España sea reemplazada por la mentira-Europa, ambas equimentiras o ecumentiras, ni con que a los hispanoescépticos le hayan de seguir los euroescépticos, no, sino que busca desde España y en Europa –da absolutamente igual el desde dónde– la verdadera patria de eternidad, la patria grande, allá donde las patrias devienen matria, allá donde lo humano descubre lo divino, allá donde es posible un verdadero *proyecto metapatria* para todos los humanos de buena voluntad.

La antítesis, pues, del pesimismo. Dicho de otro modo: nunca nadie mintió tanto como el que nos llamó pesimistas, pues si abandonamos anímicamente España no es para quejarnos y requejarnos, sino para madrugar más, con el gallo del la aurora, y para dormir menos, con el buho de Minerva, construyendo humanidad. Aunque los demás se empeñen en ponernos otras plumas.

Abstract

The author proposes a suggestive and polemic reflection on the concept of country from his particular personalistic vision of man, history and politics. In the article, he develops a critique of certain reductionist concepts of country and describes their dreadful consequences throughout history.